

A propósito de Libertad y la ausencia del liberalismo en la derecha peruana

José Talavera Morales

El último 28 de julio muchos recordaron los veinte años de aquel discurso que marcara un antes y un después en el primer gobierno de Alan García: el mensaje presidencial en el que se anunciaba la estatización de la banca. Sin embargo, casi nadie recordó que fue a partir de ese hecho que nació el Movimiento Libertad, actor político principal durante los años más críticos de nuestra historia reciente. Mario Ghibellini fue una excepción, lo hizo en una de sus columnas semanales en *Somos*, revista sabatina del diario *El Comercio*.

Ghibellini, partiendo de su perspectiva liberal, comenta dos lugares comunes acerca de lo acontecido con Libertad, mostrando su discrepancia con ellos. Uno es que, pese a la derrota del FREDEMO – el Frente Democrático que reunía a Libertad, Acción Popular (AP) y el Partido Popular Cristiano (PPC)-, la visión ideológica que proponía llegó a imponerse, lo cual se haría evidente en la reducción del Estado que se dio a inicios de los noventa. El otro, que se produjo una verdadera revolución liberal en aquellos años. Ghibellini responde afirmando que no se puede decir que la visión ideológica liberal llegó a imponerse en el Perú pues el retiro del Estado de la actividad económica respondió más a una necesidad. Por otro lado, podría deducirse que no hubo tal revolución liberal pues simplemente el Movimiento Libertad liderado por Vargas Llosa se unió a sectores no precisamente liberales (empresarios mercantilistas, partidos tradicionales más conservadores, etc.) para formar el FREDEMO. Estoy de acuerdo con él, pero quisiera profundizar en el tema. Pero antes de ello, considero pertinente indagar brevemente en los antecedentes.

Una derecha históricamente antiliberal

No sería una exageración decir que el liberalismo nunca ha logrado asentarse completamente en el Perú. Ha estado presente, eso sí; ha tenido exponentes, también; pero nunca, salvo la breve experiencia de Libertad, el Perú ha tenido un verdadero partido liberal. A diferencia de países como Colombia, donde se formó un sistema de partidos en función de la dicotomía conservadurismo / liberalismo (siglo XIX) o de Argentina y Chile, en donde el liberalismo se fue desarrollando paulatinamente a raíz de la creciente importancia de sus puertos a fines de la época colonial, en

el Perú no hubo círculos burgueses ni proyectos liberales con fuerza como para tener cierto peso político a inicios de la república.

El liberalismo llega al Perú, como al resto de países de América Latina, a fines del virreinato, entre los últimos años del siglo XVIII y los inicios del XIX. La revolución francesa, la norteamericana (más republicana, en el sentido original del término, que liberal) y las corrientes europeas de pensamiento habían ingresado furtivamente en el virreinato peruano a través de unos pocos intelectuales. Sin embargo, estos no lograron tener un peso político similar al que alcanzaron círculos liberales en otras colonias, como sí ocurrió en Buenos Aires, Caracas e, incluso, Santiago de Chile. Las razones pueden ser muchas, una complementaria de la otra: el virreinato peruano, en especial Lima, era una ciudad más "cortesana" que comercial, más parecida a una retrasada Madrid que a una pujante Londres o Amberes; el comercio se había visto golpeado con las reformas borbónicas, que levantaron como centros comerciales a Buenos Aires, Cartagena, Caracas y Santiago; como correlato de lo anterior, había menos sectores burgueses en el Perú en comparación con las otras urbes bajo control peninsular. Todo esto puede explicar, por ejemplo, por qué, con excepción del Perú, durante la invasión napoleónica a España en los distintos virreinos españoles se crearon Juntas de Gobierno autónomas.

El Perú republicano nació bajo las ideas republicanas y liberales pero con sectores liberales muy débiles. José Carlos Mariátegui resalta en sus *Siete Ensayos de Interpretación de la Realidad Peruana* la debilidad e incapacidad de nuestra burguesía y de los sectores dominantes (terratenientes) de asumir un nuevo papel afirmando que "*la clase terrateniente no ha logrado transformarse en una burguesía capitalista, patrona de la economía nacional*" [1]. Sin una burguesía fuerte capaz de dar sustento real a las ideas liberales, los pocos intelectuales y políticos de esta corriente no tenían un trasfondo en el cual basarse ni una mínima base social de apoyo. Mariátegui sostiene más adelante que "pesan sobre el propietario criollo la herencia y educación españolas, que le impiden percibir y entender netamente todo lo que distingue al capitalismo de la feudalidad [...] el capitalismo es un fenómeno urbano..." [2]. Ante la ausencia de cuadros liberales que pudieran administrar una República nacida bajo sus ideas, el caos se desató y pasarían décadas para que un civil pudiera asumir la presidencia. Mientras tanto, los caudillos militares fueron los únicos, con luchas de por medio, que lograron mantener el país unido, pero no en paz ni mucho menos encaminado al desarrollo.

Con el *boom* del guano y el salitre se dio una primera ebullición de empresarios, aunque muy marcados aun por el mercantilismo heredado de la colonia. Se formaron paralelamente pequeños círculos burgueses en torno a industrias manufactureras, de bienes de consumo sencillos como textiles y velas. Sin embargo, estos grupos prácticamente desaparecieron con la Guerra del Pacífico. No obstante, el siglo XIX peruano acabaría con el periodo de Reconstrucción Nacional y el ingreso de capitales extranjeros, que traerían algo de modernidad.

Son muchos los autores que consideran este periodo entre fines del siglo XIX e inicios del XX importante en el desarrollo capitalista. Hay cierto consenso respecto de que con el ingreso de capitales en esta época llamada República Aristocrática se expandieron los modos de producción capitalista (además de Mariátegui, lo mencionan Aníbal Quijano [3], Julio Cotler [4], y Guillermo Rochabrún [5]). Empero, como bien anota Rochabrún, citando a Mariátegui, el capitalismo se impuso sobre suelo feudal y no solamente no reemplazó sus prácticas, sino que ambas se amalgamaron. Hasta este periodo no se puede hablar precisamente de 'derecha' e 'izquierda', puesto que el siglo XIX estuvo dominado por conflictos que escapaban de lo ideológico, para centrarse en lo caudillista. Sin embargo, con el ingreso de ideas de corte anarquista y socialista y la lectura peruana de estas últimas (Mariátegui y Haya de la Torre) desde los años veinte [6], se va configurando si bien no un sistema de partidos, si un espectro político en que se confrontan el status quo conservador (basado, como apunta Henry Pease [7], en una alianza entre los burgueses costeños agro-exportadores y los terratenientes semi-feudales de la sierra) y los proyectos impugnadores del orden establecido, tanto reformistas como revolucionarios (que encontraron eco en las clases medias y obreras que la reciente expansión capitalista había creado). ¿Dónde se encuentra el liberalismo dentro de este panorama? Está ausente. Salvo contadísimas excepciones de personas que mantenían contacto con Europa y Norteamérica, en ningún proyecto político había cabida para esta corriente. En el lado conservador más bien primaba esa "herencia colonial" a la que se refiere Cotler.

Un proyecto liberal novedoso

Libertad es el primer y único proyecto político verdaderamente liberal en la historia peruana. No obstante, su aparición se da en 1987 y no espontáneamente, como ocurre con el aprismo y el socialismo en un ambiente de movilización social producido por el desarrollo del capitalismo. Libertad nace como reacción a un hecho específico: el anuncio de

estatización de la banca. El Estado peruano obedecía a un modelo intervencionista desde fines de la década de los sesenta, con el Gobierno Revolucionario de las Fuerzas Armadas. La década de los setenta estuvo marcada por el populismo, y entre 1980 y 1985 el Gobierno de Fernando Belaúnde y Acción Popular (AP), con la colaboración del Partido Popular Cristiano (PPC), si bien implementó algunas medidas de corte liberal, mantuvo el mismo modelo de Estado. El Gobierno aprista entre 1985 y 1990, además de mantener el modelo, aplicó políticas claramente populistas. ¿Por qué entonces surgió un movimiento liberal todavía en 1987 y no antes, si ya desde inicios de la dictadura militar se empezaron a nacionalizar empresas, expropiar latifundios y posteriormente confiscar medios de comunicación? ¿Por qué recién en 1987 y no antes, si ya desde los años cincuenta había políticos como Pedro Beltrán que proponían medidas de liberalización económica? Yendo más allá, ¿por qué en los años ochenta, considerando que, desde la República Aristocrática, seis décadas atrás, ya se defendía el modelo de un Estado liberal que no intervenga en la economía? Las respuestas pueden ser complejas y motivo de una investigación más profunda. Aquí ofreceré algunas ideas para una aproximación a ellas, sin la expectativa de que sean definitivas.

Una primera razón puede ser lo anteriormente sostenido: las prácticas capitalistas no reemplazaron, sino que se amalgamaron con las tradicionales, aquellas reunidas en aquel concepto de 'herencia colonial'. Dicha amalgama perduró y se hizo 'normal' para las clases dominantes. No había entonces necesidad de asumir prácticas capitalistas y liberales. Como sostiene Rochabrún, el capitalismo y el liberalismo se expandieron, pero no se enraizaron en la sociedad peruana. Creció en extensión, pero no en intensidad. El liberalismo no se enraizó sino que creció en fragmentos.

Una segunda razón puede ser el modelo de Estado existente. Hasta 1968 el Perú tiene un Estado oligárquico fuertemente excluyente, que de liberal solo tenía su poco intervencionismo en la economía. El poder era ejercido patrimonialmente por la clase dominante, esto es la oligarquía, a pesar de que su importancia se había visto mermada en comparación con los años veinte, treinta y cuarenta, con la aparición de nuevos industriales y burgueses, más relacionados con la actividad financiera, industrial e inmobiliaria que con la agricultura [8]. Pero si bien surgieron estos nuevos sectores más modernos, la vieja oligarquía todavía conservaba parte del dominio sobre el Estado. Con dicho dominio y con reglas de juego en el sistema político que le garantizaban cuotas importantes de poder (como la temporal ilegalidad del APRA), el conservadurismo de la oligarquía no

necesitaba de un partido o movimiento capaz de aglutinar apoyo. Un partido que expresara tanto en la praxis como en el discurso los intereses oligárquicos habría tenido bajísimas votaciones, aun con el sufragio restringido vigente. Se habría visto en la necesidad de manejar un discurso liberal capaz de sintonizar con las clases medias, gobernar mediante la fuerza o bien valerse de caudillos con políticas asistencialistas que se ganaran la simpatía de los sectores populares. Estas dos últimas posibilidades fueron las que efectivamente se dieron: dictaduras como la de Benavides u Odría; y caudillos con aceptación popular por su asistencialismo como, nuevamente, Odría y su Unión Nacional Odríista (UNO). Esto explica por qué hasta 1968 no hubo verdaderos proyectos liberales.

Una tercera razón, por obvia que pueda parecer, es la ausencia de verdaderos cuadros liberales hasta los años ochenta. Libertad coincide en 1987 con la generación de los 'jóvenes turcos', una nueva promoción de liberales. Vargas Llosa en su libro de memorias *El pez en el agua* lo narra así:

“El grupo más compacto e identificado con el liberalismo era – parecía en ese momento, después las cosas cambiarían- una promoción de jóvenes, entre los veinte y los treinta años, que habían hecho sus primeras armas periodísticas en “La Prensa” (...) bajo la docencia de dos periodistas (...): Arturo Salazar Larraín y Enrique Chirinos Soto. Pero estos jóvenes, entre los que se contaba mi hijo Álvaro, habían ido bastante más lejos que sus maestros. Decían ser entusiastas seguidores de Milton Friedman, de Ludwig von Mises o de Friedrich Hayek ...” [9]

Entre ellos se cuentan nombres como el citado Mario Ghibellini, Federico Salazar, Álvaro Vargas Llosa y Enrique Ghersi. Se formaron a la par del crecimiento económico en Chile y los 'tigres asiáticos', de las reformas neoconservadoras de Reagan en EE.UU. y Thatcher en Reino Unido. Se trataba de una generación sin precedentes.

La primavera liberal

Para entender la relevancia de aquella 'primavera liberal' en nuestra historia reciente es necesario tener en cuenta la situación política en la cual surge. En los ochenta teníamos un sistema de partidos más o menos sólido (algunos autores como Cotler y Nicolás Lynch discrepan en esto, afirmando que se trataba en realidad de un 'protosistema'), con una importante capacidad de representación y poco fraccionamiento (se daba

principalmente en la izquierda, pero había logrado unificarse con pretensiones electorales en Izquierda Unida hasta 1989). Es importante tener en cuenta esto, ya que el país venía de doce años de autoritarismo militar.

Del lado de la izquierda se encontraba el universo de pequeños partidos que unidos formaban a la Izquierda Unida (IU). El APRA, en ese entonces inclinada hacia la izquierda (y más que nada al populismo y estatismo clásicos) constituía el otro gran bloque importante. Finalmente, estaban los sectores derechistas, en donde destacaban claramente el Partido Popular Cristiano (PPC) y Acción Popular (AP). Este último partido, como se recordará, había sido de inclinación reformista veinte años atrás (en los sesentas), al estilo de las democracias cristianas cercanas a la Alianza para el Progreso de John F. Kennedy. Por ello, era más cercano a la izquierda (en un momento en que el APRA había virado a la derecha, cuando se alió con la UNO). Pero ya en los ochenta, con un APRA inclinado a la izquierda y con un gobierno de coalición con el PPC y de políticas ortodoxas, estaba claramente a la derecha del espectro político. El PPC, por su lado, venía del ala más conservadora de la casi desaparecida Democracia Cristiana, partido también reformista de los años sesenta, cercano a la línea de AP, que lo llevó a colaborar con su primer gobierno. Pero ya como PPC se inclinaba más al conservadurismo cristiano que al propio reformismo. Ahora bien, ni el PPC ni AP se caracterizaban por ser precisamente liberales, sino que se acercaban más al modelo de partido de cuadros conservadores, en especial el PPC, identificado hasta hoy con grupos de abogados capitalinos. Un excelente análisis al respecto lo realiza Martín Tanaka en *Los espejismos de la democracia*.

Es claro que el poco éxito del gobierno de Belaúnde entre 1980 y 1985, que contó con la colaboración del PPC, significó un duro golpe a la derecha, al punto que, por primera vez en la historia, los socialistas ganaron la alcaldía de Lima en 1983 con el frente Izquierda Unida (IU) liderado por Alfonso Barrantes. En las elecciones generales de 1985, el PPC no pasó a la segunda vuelta y en 1986 volvió a ser derrotado por el candidato aprista Jorge del Castillo. Hasta ese momento, la derecha al parecer se encontraba a la deriva, mientras que IU y el APRA disfrutaban de su apogeo. Sin embargo, el año 1987 marcaría un hito: sellaría el final de la luna de miel aprista, al mismo tiempo que IU se haría más crítico de los sucesos que ocurrían al interior del país con el terrorismo y la derecha se vería revitalizada con el ingreso de una alternativa liberal tras el mensaje presidencial de ese año: el Movimiento Libertad.

La aparición de Libertad ha sido probablemente uno de los acontecimientos políticos más importantes de las últimas décadas. Podía ser el partido estandarte de una nueva época, así como el APRA fue el estandarte de los partidos de masas altamente ideologizados de la década de los treinta y el PPC y AP eran los partidos de la generación reformista de los sesentas. Libertad era la promesa de un nuevo partido, con una ideología virgen en el Perú: el liberalismo. Digo virgen porque, como ya he explicado, la derecha clásica peruana se había caracterizado por el mercantilismo o el liberalismo económico (en sus sectores más modernos), pero había desdeñado el liberalismo político. Libertad, con Vargas Llosa a la cabeza, era la alternativa que por primera vez combinaba ambos aspectos. Contaba además con un tipo de acción que, en lugar de incentivar la competencia centrífuga, apuntaba al centro político. Habría que agregar lo que dice Tanaka: "la nueva propuesta tenía, además, una importante sensibilidad frente a las necesidades populares, y sobre ello cabe resaltar el aporte ideológico de Hernando de Soto, expresado en su célebre libro 'El otro sendero' " [10].

Sin embargo, Libertad, pese a sus posibilidades electorales, fue presa de su idealismo y ello le costó caro. Principalmente, por su alianza con dos partidos algo desacreditados, como el PPC y AP. Libertad pudo haber ganado prescindiendo de estos dos partidos, pero Vargas Llosa quería evitar lo que finalmente sucedió: una crisis del sistema de partidos. El escritor quería mantener la democracia y mantener la institucionalidad, no fracturarla. Sin embargo, era consciente del peligro que implicaba ir en un frente con AP y el PPC y no como candidato independiente:

"Supe desde el principio los riesgos de esa alianza, pero decidí correrlos por dos razones. Era tanto lo que había que reformar en el Perú que, para hacerlo, se requería una ancha base popular. AP y PPC tenían influencia en sectores significativos y ambos lucían impecables credenciales democráticas (...) De otro lado, temía que tres años no fueran suficientes, en un país con las dificultades del nuestro (...) para que una organización nueva, de gentes inexpertas, como el Movimiento Libertad, armase una organización con ramificaciones por todas las provincias y distritos para competir con el APRA" [11]

La idea de Vargas Llosa era fortalecer a la derecha peruana, devolverla a primer plano, pero con un discurso liberal ausente hasta ese momento.

Libertad ofrecía las nuevas ideas, mientras que el PPC y AP aportaban la maquinaria. Una victoria de Libertad como movimiento y no dentro de la alianza FREDEMO hubiera tenido el mismo efecto que tuvo la victoria del *outsider* Fujimori (Vargas Llosa era también un *outsider* que luego se incorporó al sistema de partidos). Al final, el efecto indeseado se produjo.

Libertad y el pensamiento liberal, en el sentido amplio de la palabra, acabaron con el autogolpe de 1992. Con dicho acontecimiento, la derecha vio finalizada su 'primavera liberal'. Gracias a Fujimori, volvió a ser aquella derecha parecida al del Estado oligárquico: conservadora en lo político y liberal en lo económico, esto es, lo que más bien llamamos 'neoliberal'. Los verdaderos liberales peruanos se dispersaron nuevamente, se ensimismaron y aislaron, y no volvieron a formar un proyecto alternativo. Los 'jóvenes turcos' que aparecieron en los ochentas se dedicaron a la actividad académica, periodística o empresarial. Se frustró, por lo tanto, la revolución liberal. Vargas Llosa nuevamente parece darnos involuntariamente una explicación al porqué de ello en sus memorias:

"De todos los grupos sociales que intentamos atraer a Libertad, con el que más éxitos tuvimos fue aquel del que salieron esos ingenieros, arquitectos, abogados, médicos, empresarios, economistas [...]. En su gran mayoría no habían hecho antes política y no tenían intención de hacerla en el futuro. Amaban su profesión y sólo querían poder ejercerla con éxito, en un Perú distinto del que veían deshacerse" [12].

Una gran parte de la dirigencia de Libertad estuvo conformada por profesionales que regresaron a sus actividades una vez que fueron derrotados en 1990. Los pocos que quedaron hicieron lo mismo con el autogolpe de 1992 y la decisión de parte de la oposición de no participar en las elecciones para el Congreso Constituyente Democrático (CCD).

Más adelante sostiene Vargas Llosa:

"En él [el Movimiento Libertad] no solo se habían inscrito liberales; también conservadores, social cristianos, social demócratas y un buen número – la mayoría, tal vez- sin postura ideológica" [13]

Esta gran diversidad se hizo evidente cuando Libertad se descompuso. Basta leer algunos de los nombres que Vargas Llosa menciona en sus memorias y que estuvieron involucrados en el proyecto: Genaro Delgado

Parker, Luis Delgado Aparicio y Rafael Rey. El primero transaría con el gobierno fujimorista la línea editorial de su canal a cambio de favores y dinero. El segundo se involucraría hasta el tuétano y hoy en día continúa en el fujimorismo. El tercero es uno de los mayores exponentes del conservadurismo católico y la intolerancia, que colaboró con Fujimori y hoy lo hace con el gobierno aprista.

El autogolpe de 1992 acabó con Libertad, pero el movimiento ya había perdido desde 1991 gran parte de apoyo del sector al que mejor representaba, el empresarial. Tanaka sostiene, por ejemplo, que "con la progresiva convergencia de intereses entre los empresarios y el gobierno, los partidos de derecha también perdieron terreno, al dejar de cumplir un papel de intermediación [...] el conjunto de partidos empezó a aparecer como superfluo, innecesario" [14]. Se puede ver que, una vez más, con sus intereses representados en el poder de turno, los sectores llamados a constituirse como la derecha dejaron de preocuparse por tener un partido o movimiento que los representara y que intermediara por ellos.

El panorama actual

¿Qué es de la derecha actual? Ya sin Libertad, la derecha volvió a quedar huérfana de un discurso liberal. El PPC obtuvo representación en el congreso pero magros resultados en elecciones presidenciales en los noventa. Solo en estos últimos años, a través del frente Unidad Nacional (UN) ha conseguido éxitos relativos, pero sin poder alcanzar la presidencia. Ideológicamente, el PPC ha cambiado muy poco, y continúa siendo el mismo partido que el de los años ochenta, antes de su alianza con Libertad. En gran medida esto se debe a la ausencia de un recambio generacional. En efecto, la nueva generación pepecista se dispersó. Bedoya dejó su lugar a Lourdes Flores, pero muchos migraron. Políticos como Alberto Andrade, Álex Kouri, Alberto Borea, Natale Amprimo, casi todos de la misma generación, se separaron y fundaron sus propias agrupaciones, que, salvo algunos éxitos electorales en municipios, poco han destacado. Entre los otros miembros de UN podía contarse a Convergencia Democrática (CODE) y Renovación (ya separado), también bastante conservadores aunque algo liberales en lo económico. Esta última agrupación es encabezada por el ex libertario Rafael Rey.

Acción Popular tuvo un breve reverdecer con el gobierno de transición de Valentín Paniagua, tras malos resultados en la década fujimorista. Con el fallecimiento de su líder histórico, Fernando Belaúnde, y de su sucesor, Valentín Paniagua, el partido ha entrado en una seria decadencia. Cada vez más reducido electoralmente, en militancia y sin

nuevos cuadros y dirigencias, AP parece estar desapareciendo junto con la generación que la llevó dos veces al poder. ¿Algún discurso liberal? No, AP no hace alusiones al tema y sigue mostrando una imagen conservadora.

En otros sectores, la derecha se ha refugiado en las ideas del conservadurismo antidemocrático, tanto católico como no católico. Lo que la caracteriza es esa visión casi divinizada del mercado. Es una derecha huérfana de un discurso coherente como el Liberalismo. En un artículo reciente, Ricardo Vásquez Kunze lo caricaturiza de esta manera:

“Estas bestias no entienden ni han entendido nunca que ser de derecha no es saber leer el debe y el haber ni fumarse un puro en Acho, ni asolear sus cuerpos de malagua en Asia (...) Ser de derecha es tener una cultura particular del mundo que estos no tienen (...). Ser de derecha para estos es creer en la propiedad privada - ¡gran cosa!- y repetir como loros cuatro palabrejas que ni siquiera entienden (...) Por eso la mayoría de la derecha es ‘empresaria’ y ‘técnica’ ” [15].

Quienes han copado el espectro han sido los neoliberales y no los liberales, que se han reducido a pequeños grupos académicos y empresariales. Así, vemos que de la gente más cercana a Vargas Llosa a fines de los ochentas (Frederick Cooper, Enrique Gherzi, Fernando de Szyszlo) casi nadie se dedica a lo público, se desempeñan en sus propias profesiones. Claro está, tratan de marcar distancia con aquellos que ahora dominan el espectro, pero no siempre de la manera más efectiva. Gherzi ha realizado conferencias y escrito artículos donde niega la existencia de algo llamado “neoliberalismo” [16], calificando dicho término de trampa retórica. Asimismo, reclama para los liberales el uso de la retórica como técnica de argumentación y persuasión para revertir dichos malentendidos. Sin embargo, lo cierto es que los liberales han tenido poco éxito en cuanto a crear convicción. Sus opositores han conseguido arrinconarlos, es verdad, mediante la retórica, pero persuadiendo con ideas, incluso lugares comunes. Los liberales y los neoliberales han contestado, como pide Gherzi, usando también las armas de la retórica, pero de una manera fallida. Más que ideas, se defienden y atacan con burlas, sarcasmos, que lindan con la intolerancia y los dejan mal parados. Un ejemplo es el ‘idiota latinoamericano’ al que se refieren Álvaro Vargas Llosa y Carlos A. Montaner, así como el lenguaje que usan periodistas ‘liberales’ como Aldo Mariátegui.

¿Izquierda liberal o Liberalismo de izquierda?

Viene sucediendo en muchos países que el liberalismo se está convirtiendo en un discurso presente en parte de la izquierda. Pero cabe preguntarse cómo se da esto en el Perú. Hay tal vez dos caminos.

Uno es el camino que Rochabrún [17] critica en la izquierda marxista de los ochentas y está relacionado básicamente con los derechos humanos. Este tópico proviene de la tradición liberal, pero al no haber cuajado el liberalismo en el Perú, estuvo bastante ausente su prédica. Esto cambió en los ochenta, cuando la IU asumió la defensa de los derechos humanos no por convicción sino como herramienta política. En medio del conflicto interno entre terroristas y Estado Peruano, la IU utilizó la prédica de los derechos humanos para atacar al partido de gobierno. El problema, según Rochabrún, es que la IU aceptó categorías liberales como los derechos humanos y la democracia representativa sin darles una lectura marxista. Las importaron tal y como eran.

El otro camino es más coherente. Es el liberalismo de izquierda, tributario de pensadores como John Rawls, Richard Rorty y Amartya Sen. El gran problema con este liberalismo de izquierda es que, salvo pequeños círculos académicos, es poco conocido y está políticamente ausente. No ha logrado organizarse seriamente como proyecto político. Si bien ha logrado marcar distancia de la izquierda marxista, no ha podido ofrecer esa imagen ante la ciudadanía y ha caído en los mismos fracasos electorales. Es presa también del idealismo y he ahí una gran debilidad que le ha restado capacidad de convocatoria entre la población. Muchos creen que basta con las ideas y no han desarrollado trabajo de bases, lo cual ha implicado pobres resultados en las urnas. Un número importante de sus miembros se mantiene, de la misma manera, en ámbitos académicos con poca participación política.

Si la derecha sigue siendo conservadora, como en el siglo XIX, el liberalismo se aloja en el lado izquierdo del espectro político. El hecho de que el discurso liberal haya encontrado eco en parte de la izquierda demuestra que, en el Perú, la derecha se encuentra gravemente desfasada.

Como consecuencia de ello, el liberalismo sigue estando ausente de la política peruana. La derecha lo toma con pinzas, mientras que los nuevos sectores progresistas, que lo aceptan, no han logrado consolidarlo como nuevo proyecto político.

1. Mariátegui, José Carlos (1999). *Siete ensayos de interpretación de la realidad peruana*. Lima: Amauta. pp. 29-30. 67ª Edición
2. Idem 33- 34
3. Quijano, Aníbal. "Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú", En: Quijano, Aníbal. *Dominación y cultura. Lo cholo y el conflicto cultural en el Perú*, Lima: Mosca Azul.
4. Cotler, Julio. *Clases estado y nación*. 3ª Edición. Lima: IEP, 2005.
5. Rochabrún, Guillermo, "Izquierda, democracia y crisis en el Perú", en: *Márgenes*. Año II, N. 3, 1998.
6. Con el antecedente del anarquismo de González Prada a fines del siglo XIX. Véase su célebre "Discurso en el Politeama".
7. Pease, Henry (1977). *El ocaso del poder oligárquico*. Lima: DESCO.
8. Véase desde la literatura en el contraste de personajes de *Un mundo para Julius* de Alfredo Bryce Echenique.
9. Vargas Llosa, Mario (1993) *El Pez en el agua*. Barcelona: Seix Barral. pp.174-175
10. Tanaka, Martín (1998) *Los espejismos de la democracia*. Lima: IEP. p. 121.
11. Vargas Llosa, Mario. op. cit. p. 83
12. Idem. p.158
13. Ibid. p.174
14. Tanaka, Martín. op. cit. p. 225
15. Vásquez Kunze, Ricardo (2007) "Derecha roñosa y ONG's". *Correo*. Lima (Perú). Setiembre 7.
16. Gherzi, Enrique (2005) "La falacia del neoliberalismo" *Correo*. Lima (Perú). Noviembre 29.
17. Rochabrún. op. cit.